

zás el más universal; otro, la música prehispánica: en síntesis, las mujeres y el pasado en la trama de la música; posiblemente, un vínculo inconsciente entre su naturaleza femenina y su materia de estudio, en una suerte de espejo donde ella proyectaba su propia historia y la de su linaje como mujer, surgido de un contexto netamente conservador durante siglos.

Ella solía contar que, de pequeña, era muy parecida a su abuela paterna, temperamental y autoritaria, y que de su madre había heredado el espíritu de lucha y la autosuficiencia. De ahí su firme actitud frente a los constantes desafíos para remontar los más inhóspitos lugares en busca de sus sueños: las músicas extrañas, míticas, atávicas, que guardan valores esenciales de dioses y ofrecen respuestas a la vida.

Evidentemente, la música le otorgó la materia de sus sueños y sus alas; sus padres amaban la música y ella aprendió desde muy pequeña a tocar el piano. Uno de sus más grandes deseos fue llegar a ser concertista; sin embargo, su contacto con las otras músicas lo tuvo cuando, siendo muy joven, ingresó como conductora a un programa de música folklórica mundial en la radio municipal de Nueva York. Esa fue la puerta de entrada a un vasto

mundo de sonoridades enigmáticas, diferentes, extrañas, que desataban su imaginación y la de sus propios radioescuchas, compañeros cotidianos que disfrutaron los paisajes, las leyendas y los relatos que Henrietta les prodigaba a raudales con músicos y cantantes de India, Japón, las Antillas, Rusia, Bolivia, Angola o la vieja Europa: los sonidos de la diáspora del mundo resonaban en la aquella metrópoli, cosmopolita por excelencia, sumados a la cálida voz de la joven judía.

Por medio de sus viajes, primero por México y luego por otras partes del mundo, Henrietta hizo realidad sus sueños musicales. En nuestro país, su indagación sobre el papel de las mujeres se convirtió en una necesidad imperiosa: dondequiera que estaba inquiría acerca de las mujeres, fundamentalmente entre los pueblos indios donde el varón ha tenido predominio. En esta búsqueda, uno de sus más gratos e interesantes hallazgos lo obtuvo entre las mujeres coras de Nayarit, quienes le confiaron unos cantos de amor, casi secretos, que ellas cultivaban; y en el Istmo oaxaqueño quedó maravillada frente a la magnificencia de las zapotecas, cuya actitud y fuerza se imponía en distintos aspectos de la vida de ese pueblo.